

Comentario de Libro La Mente Reconsiderada¹

La mente humana y su referente psíquico, la conciencia, siendo objetos fundamentales de estudio de la Psicología, han sido difícilmente abordables y abarcables por la psicología. Ya en 1934, el recientemente célebre psicólogo Vygotsky concluye en su obra *Pensamiento y Lenguaje*:

“En la conclusión de nuestro estudio no podemos dejar de dedicar unas breves palabras a las peculiaridades que se abren tras él. La investigación nos conduce de lleno al umbral de otro problema aún más amplio, aún más profundo, aún más ambicioso que el problema del pensamiento: el problema de la conciencia... la percepción y el pensamiento disponen de diferentes procedimientos para reflejar la realidad en la conciencia. Estos distintos procedimientos suponen diferentes tipos de conciencia. Por esto, el pensamiento y el lenguaje son la clave para comprender la naturaleza de la conciencia humana... la conciencia se refleja en la palabra lo mismo que el sol en una pequeña gota de agua. La palabra es a la conciencia lo que el microcosmos al macrocosmos, lo que la célula al organismo, lo que el átomo al universo. Es el microcosmos de la conciencia. La palabra significativa es el microcosmos de la conciencia humana” (1934/1982, pp. 346-347).

La herencia cartesiana ha significado una disociación entre cuerpo y mente, entre mundo físico y aquel psíquico, entre res extensa y res cogitans. La Psicología misma, ha sido víctima y victimaria de tal disociación. El proyecto inicial de introspección fue rápidamente sustituido por los planteamientos conductistas, que centraban su atención en el comportamiento como producto de asociaciones de estímulos del mundo externo. En forma casi contraria, el psicoanálisis se introdujo en el inconsciente y su influencia en el actuar humano. Por su parte, la teoría sistémica introduce valiosos aportes al estudio de la mente, destacando la metacomunicación como elemento constitutivo de la comunicación humana.

Sin embargo, ha sido la psicología cognitiva la que ha abordado con mayor ímpetu el problema de la mente como objeto de abordaje científico, a partir de su focalización en los procesos de conocimiento. Desde la clásica postura de la mente como ordenador computacional –el sistema de procesamiento de la información– hasta conceptos como metacognición, aprendizaje implícito y autorregulación, la psicología cognitiva ha venido desarrollando un corpus importante de conocimiento en relación al funcionamiento mental. Actualmente, tales desarrollos están siendo complementados, ampliados e integrados en un cuerpo de conocimiento mayor: las ciencias cognitivas.

Un gran paso hacia la consideración y el estudio de la mente y sus fenómenos como elementos constitutivos de la psicología, ha sido una línea de investigación iniciada por Premack & Woodruff y desarrollada, entre otros, por Angel Rivière y sus colegas de la Universidad Autónoma de Madrid: la Teoría de la Mente.

¿En qué consiste la teoría de la mente? En una capacidad observada inicialmente en chimpancés y luego aplicada más bien al comportamiento humano: poder atribuir estados mentales a otros y actuar acorde a ellos. Dada su casi ausencia en personas con autismo y su desarrollo ontogenético homogéneo en diversas culturas –la capacidad de atribuir estados mentales a otros es posible sólo a partir de los 4-5 años– pareceríamos estar en presencia de un elemento central del funcionamiento mental humano. Como señala Rivière en su intrigante libro, *Objetos con Mente*:

“(la) capacidad de leer la mente es, sin duda, uno de los rasos más acentuados y profundos de los miembros de nuestra especie. Los humanos somos individuos mentalistas, psicólogos naturales notables, que no sólo interpretamos emociones (y, más aún, las revivimos) cuando las vemos expresadas por otros, sino que constantemente inferimos las creencias y deseos de los demás, razonamos sobre sus estados mentales, y empleamos un lenguaje mentalista de una riqueza considerable, compuesto de un vocabulario de verbos, tales como “pensar”, “intuir”, “saber”, “descubrir”, “suponer”, etc... basta con detenerse a escuchar cualquier conversación

¹ Rosas, R. (Comp.). (2001). *La Mente Reconsiderada*. Santiago: Psykhe.

normal... o con pararse a observar cualquier interacción cotidiana entre humanos, para caer en la cuenta de hasta qué punto están moduladas nuestras relaciones interpersonales por el pensamiento y el lenguaje sobre lo mental” (1993, p. 13).

La capacidad de atender y comprender los estados mentales de otros, implica una diversidad elementos cognitivos. Por un lado, una estructura cognitiva capaz de “suspender” su juicio personal y sus propias representaciones sobre los fenómenos de la vida y atender a las de otros. Por otro, una conexión no sólo cognitiva, sino además emotiva—o más bien, ponerse en un estado mental que involucre aspectos cognitivos y emotivos— que permita ponerse en el lugar de otro y observar mediante su conducta y comunicación verbal y no verbal, una mente que interpreta y da significado distinto del mundo al propio; implica describir códigos que guiarán el comportamiento del otro y con ello, modularán las relaciones interpersonales.

Comprender la Teoría de la Mente significa introducirse a la comprensión de conceptos como el mecanismo de suspensión y sus niveles de desarrollo en los humanos, la intensionalidad y el sentido de la actividad propia, la relación entre el pensamiento del niño y el pensamiento científico, la enacción como modelo de actividad psíquica, etc.

El libro *La Mente Reconsiderada* recopila el trabajo desarrollado por investigadores de España, Argentina, México y Chile en torno a la teoría de la mente, a la luz y en homenaje al difunto Angel Riviere.

En él, se ofrece no sólo una excelente revisión general de la Teoría de la Mente y sus ámbitos de estudio, sino que éstos se presentan a la luz del campo de estudio y desarrollo particular de cada investigador, añadiendo y complementando en profundidad y amplitud, los aportes de Riviere. Así, desde la Universidad de Buenos Aires en Argentina, Ricardo Baquero analiza la relación entre los postulados riverianos y vygostkianos; Silvia Español aclara el modelo de suspensión, a la luz del símbolo y la ficción en la actividad humana; José Antonio Castoriña cuestiona el desarrollo de la “teoría-teoría”—la concepción de que el niño construye teorías similares a las del científico— en base a los fundamentos de la psicología del desarrollo; y Daniel Valdez relaciona los planteamientos de Riviere en torno al espectro autista y Síndrome de Asperger, con las categorías diagnósticas del DSM-IV y CIE-10.

Desde la Universidad Autónoma de Madrid en España, Mario Carretero conjuga la atribución de

estados mentales en forma personal con la significación colectiva de fenómenos históricos; Marta Morgade presenta un análisis de los conceptos intensionalidad, sentido y significado; María Soillo revela los aportes de la Teoría de la Mente a la concepción del desarrollo filogenético, ontogenético y del espectro autista; y Florentino Blanco desarrolla la noción de “objetos en acción.” También desde España, Adolfo Perinat (Universidad Autónoma de Barcelona) arroja luces acerca de los mitos y metáforas como formas no sólo narrativas sino también cognoscitivas; y Juan Martos, del Centro Leo Kanner para niños autistas, presenta hallazgos en el campo psicológico y neurobiológico respecto al espectro autista.

Desde la Universidad Autónoma del Estado de Morelos en México, lugar donde la mayoría de los autores se reunieron amén de un seminario sobre los aportes de Riviere ofrecido por dicha universidad, René Santoveña presenta la obra general de Riviere como un gran aporte para la Psicología, y J. Enrique Alvarez destaca el valor de su obra como teoría psicológica.

Ricardo Rosas, de la Pontificia Universidad Católica de Chile, además de convocar a los autores y compilar sus trabajos, ofrece al lector sus reflexiones acerca del mecanismo de suspensión como principio semiótico del desarrollo del juego y el sentido del humor.

Más allá de una revisión específica de los diversos elementos aportados en este libro—asunto que amerita una detención y discusión a nivel colectivo— quisiera situar su relevancia en un plano general, por cuanto constituye un real aporte para la comunidad científica y para la psicología iberoamericana, atendiendo a necesidades percibidas actualmente de interés. Entre ellas, el brindar homenaje a un psicólogo cuya obra es ya digna de homenaje, pues aporta elementos distintivos y centrales respecto a la mente humana: su estructura, funcionalidad, caracterización en el desarrollo evolutivo, diferenciación en el desarrollo filogenético, y presencia anormal en trastornos específicos.

El libro logra reunir y hacer dialogar a investigadores destacados a nivel internacional en torno a una temática de gran interés para la psicología, fomentando el desarrollo de una disciplina que supere fronteras culturales y geográficas. Pero además, presenta capítulos de gran valor de contenido para el desarrollo futuro de la teoría de la mente, algunos de ellos excepcionalmente ilustradores.

Por sobre todo, rescato el valor humano de la obra, en cuanto gesto colectivo de gratitud por parte de amigos y discípulos a quien fue, según los relatos, una gran persona y profesional, apasionado en su quehacer y abordando su objeto de estudio – el sujeto humano– desde la teoría, práctica, reflexión y discusión.

Como buen libro, *La Mente Reconsiderada* deja al lector con muchas interrogantes e inquietudes, entre ellas: ¿qué rol juega el desarrollo neurológico en la presencia y evolución de la Teoría de la Mente?, ¿cuál es la relación entre metáforas, humor,

mentira y Teoría de la Mente?, ¿es la Teoría de la Mente el único factor explicativo del espectro autista? ¿qué relación existe entre Teoría de la Mente, inteligencia y adaptación social? ¿qué rol juegan los verbos mentales en el desarrollo cognitivo?, ¿qué implica la enacción para la psicología?, etc.

Las líneas de investigación, acción y reflexión que a futuro se desarrollen a partir estas y otras interrogantes, ciertamente influirán en las futuras concepciones de la psicología cognitiva y del desarrollo.

Verónica López, Escuela de Psicología,
Pontificia Universidad Católica de Chile